

—Tengo, otros, efectivamente, pero necesito este. ¿Qué os hace falta para estableceros en Argelia.

—Os vais á espantar.

—Decidlo.

—Sería cosa de treinta mil francos para cada uno.

—¿Nada menos?

—Se podría tal vez reducir un poco la suma, insinuó Bordier; pero pensad que se necesitan tierras, una casa, caballerías, muebles, todo un ajuar, no contando el viaje...

—¿Y jurais decir lo que sepais?

—Desde luego.

—¿Respondéis del otro?

—Como de mi mismo.

—Pues bien, trato hecho. Podéis hacer una buena acción, salvar á una inocente, y realizar vuestro sueño, comenzando una vida nueva. Yo os prometo los treinta mil francos que pedís.

—¿Para cada uno?

—Sí, para cada uno de vosotros—repitió el conde.—Podéis fiaros de mi... tengo una excelente memoria... la mejor prueba es que no he olvidado vuestro nombre á pesar de no haberlo oído más que una vez.

—Sois una excelente persona y habréis hecho felices á dos hombres.

El agente se desahogó á su gusto. Réfrío todo cuanto había pasado, los vergonzosos secretos de la calle de Jerusalem, las infamias de que había sido testigo y á veces actor.

Cuando el conde lo supo todo y lo hubo

coleccionado en su memoria, sacó de su cartera dos billetes de quinientos francos y dijo:

—Para vos y para vuestro amigo. La noche de la vista de la causa recibiréis la suma que os hará libres. Y si el éxito corona nuestros esfuerzos, no os daré treinta mil francos, sino doble cantidad. Quiero que bendigáis más tarde el nombre de la pobre mujer á cuya salvación contribuiréis. Hasta la vista.

El conde salió y Bordier, fascinado como si la fortuna hubiese entrado en su casa, pasaba la vista por la tarjeta que el joven dejó al lado de los billetes, en la cual se leía:

PEDRO DE MEILLANT

Meillant (Cher.)

Al siguiente día entró el conde en su casa repleto de placer.

Había ido á Paris en busca de un testigo y volvía con dos, que no creyó que le costaban muy caros, decidido como estaba á recobrar el honor y la libertad de Margarita á costa de su fortuna entera.

XX

Torquemada fin de siglo.

Margarita quedó incomunicada en su celda.

La incomunicación separa al preso del

mundo, le aísla en medio de sus pensamientos por una muralla peor que la de la China. No se vé á nadie, no se oye hablar, no se reciben cartas ni periódicos: si el mundo se volatilizase todo él, menos la cárcel, el incomunicado no sabría nada.

Los sabios creen que este sistema es excelente para volver locos á los presos. Al cabo de algún tiempo, más ó menos, según la resistencia del preso, un buen juez de instrucción puede sacar todo el partido que quiera.

Esta es la regla general; pero en toda regla hay excepciones. M. Alberto Tabouret, tiranuelo de Bourges y terror de los criminales del departamento en el año de gracia de 1871, tenía entre sus uñas á Margarita Souvray y no esperaba soltarla sin un éxito para él, es decir, sin haberla deshonrado con una sentencia en forma, condeñándola á trabajos forzados cuando menos, ó á veinte años de reclusión.

Para él constituía una voluptuosidad indecible analizar detenidamente su pasado; estudiarla en todos sentidos, sorprender sus más íntimos pensamientos y tenderle en cada entrevista un nuevo lazo, en que ella nunca caía.

Como los mártires cristianos, estaba sostenida por la fuerza inmensa de la fé.

Pensaba en las palabras de Pedro de Meilant, meditaba sus consejos, se forjaba la ilusión de oír su voz grave y dulce, y tenía confianza en aquel defensor que se le había ofrecido cuando se creía abandonada de to-

dos. Complaciase pensando en él, y sostenida por una vaga esperanza, resistía con energía los ataques del juez, á quien nadie, por otra parte, disputaba su presa.

Los demás magistrados, Mr. Dubronier, por ejemplo, esquivaban modestamente aquel honor, dejándole la gloria y las responsabilidades de sus descubrimientos.

El juez de instrucción era, por lo tanto, entonces la persona de más viso en Bourges: todos los ojos se fijaban en él.

A los ocho días del crimen, no había adelantado un paso. Su prisionera se negaba á toda explicación, limitándose á decir por toda respuesta:

—Ya oireis á mi defensor.

M. Tabouret fruncía el entrecejo y se mordía los labios.

¿Quién sería aquel defensor misterioso?

La presa no lo decía, estrellándose en su firmeza amenazas, súplicas y benevolencia.

Entonces pensó el juez vencer esta resistencia por la soledad. De buena gana habría sometido á su paciente al régimen de pan y agua y á todas las torturas, para hacerla hablar; pero, por desgracia que él deploraba amargamente, sus derechos, en este punto, estaban bastante restringidos por la ley.

Al engolfarse en la investigación de los antecedentes de la joven, el juez caminaba de sorpresa en sorpresa. Poseía documentos concluyentes, pruebas abrumadoras, de las que hablaba á sus compañeros enigmáticamente, dejándoles entrever que les reservaba una serie de extraordinarias sorpresas,

—¡Oh!—decía á Dubronier—¡lo que se descubre al examinar este proceso! Ya vereis, amigo mio... ya vereis... ¡Condena segura!

—Pero, ¿y la causa del atentado?—objetaba Dubronier.

Sí, la causa. ¿Por qué aquella joven había querido matar al prefecto? Este era el punto oscuro de aquel proceso para todos.

Cuando se preguntaba esto en presencia de Tabouret, sonreía maliciosamente. ¡La causa del crimen!—pensaba él—¡Si era la cosa más fácil del mundo averiguarla!

El tenía su sistema, como lo tienen todos los jueces; solo que el suyo no lo había inventado él: le había sido inspirado en dos palabras por el prefecto mismo, que apenas podía hablar; y este sistema á los ojos del juez era inexpugnable. Además, esperaba confirmarlo con la confesión de la prisionera.

El 20 de septiembre, creyendo que estaría suficientemente debilitada para sufrir el interrogatorio decisivo, dió orden para que Margarita se presentase ante él.

Al verla pálida, con las señales de la fatiga en sus maneras, el juez la examinó con cierta complacencia, como recreándose en aquella obra exclusivamente suya.

El escribano, joven todavía, bromista, gran jugador de dominó y de naipes, nada tonto, detestaba, como todo el mundo, á Tabouret.

Casimiro Boulard, este era su nombre, contempló á la joven con ojos en que se leía cierta piedad y mucha admiración.

—¡Hermosa joven!—se dijo.

Y completó su pensamientos con este otro:

—Sería verdaderamente sensible privar á la sociedad de tal ornamento.

Y efectivamente, las huellas de los sufrimientos hacian aparecer más hermosa á la desgraciada joven.

Tabouret, á pesar de sus buenos deseos, solo había conseguido, con su feroz sistema, hacer resaltar la belleza de Margarita.

—Tened la bondad de sentaros—le dijo; —tengo que hablaros largamente. Ha llegado el instante de dar por terminada la causa y remitirla al tribunal, y no debo ocultaros que la instrucción está completa.

El escribano se apresuró á ofrecer á la detenida, guardándole verdaderas atenciones, una silla, colocándola próxima á la mesa del juez.

—Señor juez—dijo la joven, admirada de la cortesía de M. Tabouret,—¿me será permitido hacer una pregunta?

—Hacedla.

—He preguntado á mi carcelero....

—¿Sobre qué?

—Acerca de M. Beroult.

—Podriais decir M. de Serigné.

—M. de Serigné, si así lo deseais.

M. Tabouret acababa de ceder á su temperamento autoritario, corrigiendo con dureza lo que él tomaba por una insolencia de la prisionera. Procuró dominarse en seguida, porque en aquel empeño definitivo no quería perder ninguna de sus ventajas.

Hasta entonces no había habido, puede

decirse, más que escaramuzas sencillas: el interrogatorio de aquel día era á los ojos del juez el combate decisivo, con el cual pensaba coronar su triunfo.

—¿Y el carcelero no os ha contestado?— dijo el juez en tono familiar.

—En efecto—respondió ella.

—No es entraño, porque tiene sus órdenes.

—Eso me ha dicho.

—¿Os interesa la salud de M. de Serigné?

—Desearía sencillamente saber si ha muerto.

—¿Os apesadumbraría eso?

La joven guardó silencio.

—Sería tener un buen sentimiento natural. Nada me impide tranquilizaros respecto de este punto.

—¿Vive?

—Sí; pero debo añadir que no está bien. Los médicos no se atreven á dar esperanzas, porque se ha declarado una gran inflamación y está expuesto á una fiebre intensa. Yo le he interrogado, obteniendo solamente algunas palabras razonables. ¡Ah! herís con demasiada fuerza para manos tan pequeñas. Y ahora vamos al objeto de esta audiencia. Recapitulemos—prosiguió.—¿Vuestro padre era coronel retirado?

—Sí, señor.

—¿Se había retirado á Serigné y habitaba el hotel llamado del Fresne?

—Sí, señor.

—¿Murió el año pasado, el día 21 de febrero, en aquella casa?

—Sí, señor.

—¿Teníais una hermana menor llamada Luisa?

—Sí, señor.

—¿Esta hermana padecía una enfermedad incurable, la tisis? ¿Después de morir vuestro padre os encontrasteis sin recursos y fuisteis á París en busca de trabajo? ¿Allí murió vuestra hermana, en una casa de la calle de Douai?

—Sí, señor.

—Todavía tenéis alquilada esa casa... Os he dejado tranquila durante los últimos días; pero yo no he perdido el tiempo. Habéis confesado vuestro crimen sin dificultad y debo aplaudir vuestra franqueza... Lo mejor siempre es declarar sinceramente la verdad... Esto es un buen precedente que se tiene muy en cuenta.

El escribano hizo una mueca con los labios, procurando advertir con una mirada á la presa; pero inútilmente. Margarita tenía sus ojos fijos en los del juez de instrucción.

M. Tabouret continuó:

—En París estabais casi sin recursos.

—Es verdad.

—Sin embargo, asegurabais que vuestro padre tenía fortuna.

—Sí, señor.

—En vuestra opinión, os había sido robada.

—Efectivamente.

—¿Por quién?

—Por el hombre á quien he herido.

--Convenid en que eso es muy inverosímil.

--¿Por qué?

--M. de Serigné gozaba de buena posición, como hijo único de un padre que pasaba por rico.

--Se puede ser rico y aspirar á serlo más.

--Además, ¿cómo podía apropiarse monsieur de Serigné la sucesión de vuestro padre? Parece una cosa muy difícil.

--Mi defensor lo dirá.

--Hariais mejor diciéndolo vos misma.

--No tengo pruebas y no me creeríais.

El escribano se volvió hacia la pared para ocultar una sonrisa de satisfacción.

--¡Muy mal, muy mal!--pensaba.

--Esa fortuna no era imaginaria ni fabulosa—dijo Margarita con gran seguridad—existía.

--Ya sé!--dijo Tabouret, consultando sus notas—Tengo documentos que acreditan haberse propalado por el departamento después de la muerte del coronel, rumores infundados, según certifican las autoridades.

--No eran infundados; carecían de pruebas; lo cual es distinto—afirmó la joven.

--¿A cuánto ascendía aquella fortuna, según vuestros cálculos?

--A veinte mil francos de renta próximamente.

--¿Y se evaporaron como humo, sin dejar rastro?

--Sí, señor.

--Es bien singular. ¿No os parece?

--Así es.

--¿Y osais lanzar una acusación tan grave como inverosímil contra vuestra víctima?

Margarita no respondió.

--Debo preveniros—continuó diciendo severamente el juez—que os será funesto el calumiar así ante los hombres honrados que deben juzgaros.

Margarita continuó callando, acordándose de la recomendación de Meillant: «Decid la verdad en pocas palabras.»

--Continuemos—dijo el juez con síntomas evidentes de impaciencia.—¿Qué hicisteis en París?

--Busqué trabajo sin encontrarlo.

--Y entonces—tengo el disgusto de entrar en este terreno—recurristeis á los medios más viles y vergonzosos para procuraros los recursos de que carecíais.

--¡Eso es falso!

--Está confirmado por documentos irrefutables que tengo en mi poder.

Margarita se puso pálida de indignación, pero no discutió; limitándose á replicar:

--Mi defensor contestará por mí.

--¿Os negais á proporcionar datos acerca de esta etapa vergonzosa de vuestra existencia?

--Me niego.

--Pasemos adelante. Llegó la guerra y en aquel momento parece que tuvisteis la intención de levantaros y reparar un pasado, por desgracia irreparable. ¿Os alistásteis como enfermera?

--Sí, señor.

--No se ha encontrado vuestro nombre